

Esos inquietos viajeros

Juan José Coy, S. J.

LA literatura de viajes es antigua y abundante. No trato, desde luego, de ser original. Simplemente pretendo situar a John Steinbeck y a Camilo José Cela para iniciar este comentario que está, como el Telstar, asentado sobre el Atlántico: un pie en Europa y un pie en América. Cela y Steinbeck han escrito libros de viajes, excelentes recorridos por las tierras y el corazón de quien les ha producido. España y Estados Unidos vistos y descritos, admirablemente intuídos, en las páginas tersas, perfectas, entrañablemente humanas de estos dos escritores. Vidas y obras paralelas que llevan sobre sus lomos los vagones abigarrados y curiosos de esos inquietos viajeros que quieren verlo todo, experimentarlo todo, comunicarlo todo.

Cela y Steinbeck han escrito libros de viajes, como Homero, como Virgilio, como Cervantes. Y más junto a nosotros, como Baroja, Kerouac y Hemingway. El concepto que del viaje tiene Graham Greene es diverso y aunque para casi cada obra tiene un país distinto, con todo su intención es ajena a nuestro comentario.

Ulises partió de Itaca y a Itaca vuelve: se cierra un ciclo. La Eneida se inicia en Troya y rinde viaje en Roma: se tiende un arco. Hemingway, ese intranquilo trotamundos, busca en sus viajes la solución a problemas que lleva dentro y que no dependen de un lugar concreto, pues los acarrea consigo adondequiera que vaya. Uno de sus personajes en "The Sun Also Rises" lo confiesa expresamente: "Escucha, Roberto, el ir a otro país no soluciona nada. Yo ya lo he intentado. Pero uno no puede salir de sí mismo yéndose de un sitio a otro. No hay solución a eso." (1) No obstante, dijérase que esta opinión del protagonista de una de sus mejores obras no pesara en el ánimo de Hemingway; y así vamos de la muerte en una tarde española al mar azul cubano, de París a Pamplona, de la sierra de Guadarrama a las colinas verdes de África... Se sigue intentando una utopía.

Baroja es un anarquista, un dinamitero. No para. Sus personajes son frenéticos. Destruyen cuanto se pone a su paso. Baroja es tan anticonvencional que es de rechazo convencional, tan despegado que no puede ocultar su profunda vena sentimental, tan antiestético que

es un buen novelista, tan desarraigado y tan inquieto viajero que cansa al lector. Baroja va contra tantas cosas... que no se le toma en serio. Pues, al fin, el que lo niega todo lo afirma todo.

Camilo José Cela y John Steinbeck coinciden fundamentalmente en su visión viajera. Para ellos viajar es vivir. No es tratar de olvidar la propia aventura, sino vivir las ajenas. Su postura no es egoísta, sino altruista. No sofocar, sino prender: nada de actitudes y soluciones en el fondo mezquinas, sino apertura de corazón y de mente. "Viaje a la Alcarria", "Judíos, moros y cristianos", "Del Miño al Bidasoa", "Primer viaje andaluz" y el reciente "Travels with Charley": ya están situados Cela y Steinbeck en un marco definido. Ahora, el lienzo.

Camilo José Cela

Gallego. Nació en 1916: espacio y tiempo. Ha escrito libros de viajes, novelas, novelas cortas, cuentos y unos "poemas repelentes subido en un manzano". Camilo José Cela me parece un novelista de calidad sumamente discutible. "La familia de Pascual Duarte" es de 1942: mucho ruido y uno no sabe cuántas nueces... "Nuevas andanzas y desventuras del Lazarillo", de 1944, magnífica recreación del pícaro Cela. "Pabellón de reposo", de 1944 también, se le antoja al lector un remedo corto y malo de "La montaña mágica", de Mann. "La colmena", de 1955, es algo importante. "Miss Caldwell habla con su hijo": y se piensa, con estupor, que aquélla es algarabía. "La Cautiva" es de 1955: inaguantable, inacabada. Reacción airada en Venezuela, y con razón.

En 1956 agrupó y publicó Cela "El molino de viento y otras novelas cortas": la más conseguida, qui-

zá, "Santa Balbina 37, gas en cada piso".

Pero en lo que Cela es insuperable es en sus relatos cortos, en esas dos colecciones agrupadas en volumen que aparecieron con los títulos de "El Gallego y su cuadrilla" y "Nuevo retablo de don Cristobita". Sólo esos dos libros son suficientes para consagrar a cualquiera. Y su relación, en este estudio, con los libros de viajes, ha de aparecer más abajo.

Esa me parece, efectivamente, la especialidad de Cela. Porque a su estilo, sobresaliente siempre y más que sobresaliente, se unen otra serie de factores que convierten esta lectura en apasionante. Ternura, cazarería, sátira formidable, espíritu de observación, carpetovetismo exacto, gracejo insuperable. Y las dimensiones justas, las dimensiones perfectas.

Cela es un perfecto dibujante: sus dibujos a pluma valen por lo que no valen todos sus "cuadros grandes". Detallismo exacto, siempre bien visto. Rapidez en el trazo, energía en el contraste. Y la postura justa casi siempre. Esbozos, apuntes inacabados, perfectos de realización, incisivos de intención. Y breves. Esta es la fauna que ha de poblar, invisible, sus cuadernos de bitácora en este navegar hispano. Tenerlo en cuenta era importante, me parece. Auténtica galería a la que sólo su genio le ha infundido vida. Cela le hace la competencia a Sansón García, pues se ha convertido él mismo en fotógrafo ambulante.

John Steinbeck

El penúltimo Premio Nobel de Literatura - 1962. Norteamericano, nació en el Valle de Salinas, California, 1902. Después de su paso por el High School, ingresó en la Universidad de Stanford, donde es-

tudió ciencias durante cuatro años. Más adelante, como buen norteamericano, se dedica a "actividades diversas": lo que buenamente encuentra en California y después en Nueva York. Ser escritor era ya su meta. Tres primeros libros que son otros tantos fracasos económicos. Pero con "Tortilla Flat" en 1935, Steinbeck "empieza". En 1937 "Of Mice and Men" fue best-seller. "The Grapes of Wrath" es ya algo importante, en 1939. La polémica suscitada fue tremenda, pues la obra plantea un violento problema social, siempre de actualidad en este inquieto país. No faltaron los que descubrieron en sus páginas el morbo comunista porque aquí también los temas de conversación son invariables: "de vez en cuando tenemos un asesinato o podemos leer algo sobre alguno. Luego tenemos los partidos de base-ball: en cualquier momento se puede discutir sobre los Yanquis o los Piratas. Pero creo que el mejor tema de conversación que hemos podido encontrar han sido los rusos" (2).

Si definimos la obra de arte como una estilización de la realidad, Steinbeck escribió una perfecta en 1942: "The Moon is Down". La Editorial Sudamericana la ha popularizado en castellano con el título "La luna se ha puesto".

Por fin, una de sus obras más conocidas y más completas ha sido "East of Eden", 1952. El mismo le escribió a un amigo: "Prácticamente, todo lo que yo tengo está allí." (3) Elia Kazan lo puso también, casi todo, en una película valiosa.

La última obra de Steinbeck es "Travels with Charley". "Entonces descubrí que no conocía mi propio país, pues Nueva York no es más Norteamérica de lo que París es Francia o Londres Inglaterra. Y yo, un escritor norteamericano, al escribir acerca de los Estados Unidos, tarabajaba de memoria. No había oído el habla de este país, no había oído sus campos, sus árboles, sus arroyos. No había visto sus colinas y sus manantiales, su color y las calidades de su luz. Conocía los cambios sólo a través de periódicos y libros. Pero esto era todo lo que yo había experimentado de mi propio país en los últimos veinticinco años. Semejante situación en una persona tenida por escritor es criminal." (4)

Para remediar esta situación, Steinbeck se lanzó "en busca de

Norteamérica", como subtitula su obra. Un recorrido largo y fatigoso. "Tuve algunos temores al pensar en semejante viaje solo. Por esta razón tomé conmigo como compañero de peregrinación a Charley, mi viejo perro de lanas francés" (5).

Ya está abierto el camino y trazado el itinerario.

El trabajo vertical de Cela

Es lo primero que hay que reseñar en el sistema viajero de Cela. Cela trabaja despacio. Cela se circunscribe. Cela no tiene prisa. Y así salen: "Viaje a la Alcarria", "Judíos, moros y cristianos", "Del Miño al Bidasoa" y "Primer viaje andaluz". Cela, vestido de vagabundo, de viajero, de cronista o de simple curioso, se lanza a la buena de Dios para conocer los caminos y los hombres. Con "La Catira", desgraciadamente, desdichadamente, ensayó suerte por caminos americanos. Una suerte repetida —aunque mejorada— en esas "Notas a una excursión americana", incluidas en "La rueda de los ocios". Finalmente habría que hablar también de "La balada de un vagabundo sin suerte", metida en "Cajón de sastre".

Pero la curiosidad de Cela no se limita a estos libros expresamente peregrinos. Aquí y allá, en casi todas sus obras, encontramos rastros de esta intranquilidad. No olvidemos, por ejemplo, que "La colmena anda bajo el epígrafe de "Caminos inciertos". Y no olvidemos, sobre todo, que "El Gallego y su cuadrilla" y el "Nuevo retablo de don Cristobita" son también, en realidad, libros de andanzas y desventuras, para no hablar de las de su nuevo Lazarillo.

Con estos tres últimos libros Cela responde a una objeción que se le ha hecho no hace mucho. En una tesis de Licenciatura presentada en la Universidad de Murcia se analiza de modo inteligente y serio la obra total de Cela. Y uno de sus capítulos está precisamente destinado a explicar este aspecto viajero de las obras del gallego. Pues bien, se dice, Cela se desentiende de las personas, dijérase que "preocupado por nuestros caminos, trochas y campos, ha olvidado un poco a nuestros hombres o al menos no los ha diferenciado" (6). Pero fijémonos con detenimiento en esta última disyuntiva porque ahí

se encierra una distinción importante.

Cela hace prácticamente una especie de catálisis literaria tras sus experiencias viajeras. Y separa las naturalezas muertas de las vivas. Las separa y las transforma: en sus libros estrictamente de viajes no hay sino caminos, trochas y campos. Pero todo elemento humano que encuentra a lo largo de sus peregrinaciones no cae en el saco roto de la despreocupación. Simplemente, se prescinde de él momentáneamente. Y luego, tras la flora, le llega su hora a la fauna. "El Gallego y su cuadrilla" y "Nuevo retablo de don Cristobita" son el complemento necesario a sus andanzas y visiones españolas. Pues en estos dos volúmenes se encuentran todos los personajes que se echan de menos en sus relatos andariegos.

Se me dirá que semejante respuesta a esta objeción es arbitraria pues el que Cela tenga figuras humanas en otros de sus libros no invalida la afirmación de que en los de viajes prescinde de ellas, de que "ha olvidado un poco a nuestros hombres". Efectivamente, los personajes de "La Catira" y "La colmena", por ejemplo, nada tienen que ver con los paisajes y escenarios de "Viaje a la Alcarria" o con los de "Del Miño al Bidasoa". Pero es indudable que esas figuras grotescas y carpetovetónicas que abarrotan los dos citados volúmenes de cuentos son exactamente las que encajan con absoluta espontaneidad en sus relatos peregrinos. Cela, por tanto, no se olvida de los hombres.

Ahora bien, lo importante, a mi juicio, en Cela —y creo que uno de sus méritos fundamentales—, es la impronta personalísima de cada una de sus páginas y cada una de sus frases. Conocemos los caminos de España, caminos inciertos. Pero los conocemos, como es natural, desde el ángulo de visión del cronista. Esta interpretación personalísima del paisaje es válida. Y su práctica, fecunda. Cela anima lo inanimado y el lector convive con la geografía, que es la mejor manera de aprenderla. Cela se incorpora el contorno físico que le rodea y nos da un paisaje vivificado por su estilo —yo creo que cumbre indiscutible en la historia del español.

Pero Cela lleva demasiado lejos este personalismo cuando aplica

idéntica actitud a naturalezas vivas, a personas. Por eso sus personajes no se diferencian, no pueden diferenciarse. La formulación de esta opinión en esta tesis de que hemos hablado me parece un auténtico hallazgo. Y de paso establece un parentesco con Baroja absolutamente fundamental. Cela es un "fresco" que no respeta a sus semejantes. La versión que de ellos nos ofrece es tan personal que todos sus muñecos carecen de vida autónoma. Rezuman de vida, desde luego, pero de la vida que el autor les comunica a todos por igual. Toda la humanidad de "El Gallego y su cuadrilla" y del "Nuevo retablo de don Cristobita" está transida por el talento trágico de don Camilo José. Alguien ha dicho que Baroja "es, bajo un somero disfraz, todo el tema de sus obras". Algo también semejante podría afirmarse de Cela, de este otro vagabundo.

Pues bien, Cela se interesa por los hombres. No como ellos son, sino como él los ve. Por eso sus personajes no se diferencian. Decía Cela en 1952 que "Del Miño al Bidasoa, dando vueltas, revueltas y contravueltas, el vagabundo —servidor— se fue entreteniendo como un viejo fotógrafo de romería, en sacar clichés al minuto de aquello que le divirtió" (7). Pero de los personajes Cela no sacó fotografías, sino que tomó apuntes. Y no olvidemos que de la fotografía a la pintura, a Dios gracias, media ya un abismo. Los apuntes solanescos y desgarrados de Cela se han convertido en esta fauna humana que puebla algunas de sus obras. Los clichés han ilustrado sus libros de viajes, sus libros de paisajes y escenarios españoles. La catálisis de Cela es evidente. Su mérito literario, en cualquier caso, le señala como uno de los escritores españoles contemporáneos de más acusada personalidad y continuidad.

El trabajo horizontal de John Steinbeck

"Travels with Charley", como buena obra americana que pretende mostrar Norteamérica, es desmesurada. Aquí se viven temperaturas de máximas y mínimas, lo mayor y lo menor del mundo, ya se trate de la producción de automóviles, de recursos naturales o de circulación de periódicos. El ame-

ricano medio, un poco ingenuamente, hace suficiente alarde de ello... Steinbeck se lanzó un buen día a la búsqueda de los Estados Unidos. Se encargó expresamente una casa rodante, con todo lo imaginable. Se armó hasta los dientes y tomó consigo a Charley. Después empezó su recorrido. Dieciséis mil millas en tres meses. Pero en Nueva Orleans le llegó la saturación y entonces, como un diestro comodón ante un toro difícil, tiró a abreviar.

El periplo terrestre de Steinbeck es impresionante. Desde Nueva Inglaterra hasta New York City, pasando por Michigan, Illinois, Wisconsin, Nort Dakota, Montana, Washington, Oregon, California, la enorme Texas paradójica... En fin, los Estados Unidos en viaje casi circular. La vuelta a este enorme mundo en algo más de ochenta días.

La obra de Steinbeck es profundamente interesante, por sus implicaciones sociológicas sobre todo. Interesa tanto como Cela, pero a Steinbeck le falta el sentido aventurero de improvisación que en las obras del gallego es delicioso. Porque Steinbeck es americano "de posibles". Y esta clase de persona difícilmente deja cabos sueltos. A su casa rodante le puso en letras españolas del siglo XVI un nombre significativo: "Rocinante". No porque semejante vehículo fuera capaz de albergar el más mínimo sentido quijotesco, sino porque "el viaje había fomentado entre mis amigos algunas observaciones satíricas" (8).

Steinbeck se deja dominar por lo enorme de cuanto le rodea. En ocasiones hace "parada y fonda" y entonces el relato cambia de signo y aumenta su intensidad humana, su proyección cordial. En Maine, por ejemplo, convive con los braceros emigrantes, canadienses franceses que pasan la frontera en tiempo de la cosecha. La situación de esta clase de trabajadores, como la de los mejicanos en coyunturas semejantes, es precaria. Condiciones de vida increíblemente duras que aún contrastan más en este país del "todopoderoso dólar". Un documental cinematográfico reciente volvió a poner el problema sobre el tapete. Semejantes aspectos negativos de la eufórica vida americana —negativos, pero sinceiros— justifican también esas observaciones de la crítica ingenua

que, a propósito de "Grapes of wrath", señalaron cómo "el libro ha sido explotado desde entonces para extraer poco satisfactorias conclusiones acerca de los Estados Unidos" (9).

En su natal California, Steinbeck discute de política con sus hermanas. En Texas, el tercer jueves de noviembre cena pavo como todo norteamericano que se respete. Y en Nueva Orleans asiste estupefacto y del todo avergonzado a estrepitosas manifestaciones segregacionistas. Se adquiere de América una visión lineal simplificada —es decir, incompleta— que no sirve más que casi de pura información. Se tocan tal cantidad de temas, se plantean tal cantidad de situaciones, se aventuran tal cantidad de soluciones, que uno no se entera a fondo apenas de nada. Es natural y el mismo Steinbeck no pretendía otra cosa: "Con todas estas encuestas y sondeos de opinión, con periódicos que son más opiniones que noticias de modo que ya no podemos distinguir las unas de las otras, yo querría hacer hincapié en una cosa: ni he pretendido presentar ni creo que haya presentado ninguna clase de diagnóstico ni la versión completa de los hechos" (10).

Esto es "Travels with Charley". Allí se habla de política, de la atmósfera electoral de 1960 —Kennedy en la escena—, "las elecciones más secretas que nunca ha habido" —la cuestión religiosa, de mar de fondo— (11); de esta alimentación empaquetada e insustancial; de la vida de los camioneros americanos que recuerdan a aquellos otros de "La ruta", de Manuel Peña. La proliferación de las casas rodantes y sus consecuencias sociales. La vida urbana, ahogada en humo y ruidos. La facilidad de las comunicaciones...

Steinbeck les toma el pulso acertadamente a estas enormes autopistas agobiantes, perfectamente deshumanizadas, en las que el hombre se siente aniquilado. En Chicago reconstruye la aventura de un hipotético Harry, una triste historia en el cuarto del Hotel Est Ambassador, que trae a la memoria automáticamente al Willy Loman de "La muerte de un viajante", de Miller. En fin, Norteamérica en tres meses a lo largo de dieciséis mil millas. El autor se conmueve en Sauk Center, Minnesota, cuna de Sinclair Lewis. Y se ale-

gra de haber visitado las cataratas del Niágara "porque de ahora en adelante a todo el que me pregunte si las he visto le podré decir que sí —y por una vez diré verdad" (12). Se indigna, en fin, en Nueva Orleans.

John Steinbeck no trabaja en vertical, sino en horizontal. Camina a lomos de Rocinante las interminables rutas americanas. No profundiza, sino informa. Después de todo, quizá sea también un buen modo de peregrinar.

Conclusión

En extensión o comprensión, en profundidad o en amplitud, Cela y Steinbeck se asemejan en estos libros viajeros. Ambos tienen la "enfermedad" del viaje, el virus de la inquietud. Cada uno trata de curarlo a su modo. Pero es evidente que ambos coinciden en el fondo, como coinciden sustancialmente todos los viajeros de vocación. Thomas Wolfe escribió en abril de

1932 una carta que puede servir para volver a unir a estos dos autores que hemos visto siempre en paralelas. Pues con técnicas diferentes ambos van a lo mismo. "Iré a cualquier parte, a verlo todo. Conoceré a toda la gente que me sea posible conocer, pensaré todo lo que sea susceptible de ser pensado, sentiré todas las emociones que sea capaz de compartir. Y escribiré, escribiré..." (13).

Así han salido Cela y Steinbeck por esos mundos de Dios. Y así, cada uno a su manera, nos han presentado dos paisajes distintos, como ellos los han visto y con los que el lector convive cordialmente. La lectura es también una gran forma de viaje... La proyección social y humana de semejantes aventuras es evidente. La inquietud radical que mueve a sus autores, también.

NOTAS

- (1) Ernest Hemingway, "The Sun also rises". Charles Scribner's sons, New York 1954, página 11.
- (2) John Steinbeck, "Travels with Charley", The Viking Press, New York 1962, página 128. Nota: Las traducciones de los textos son mías.
- (3) Robert E. Spiller, "The Cycle of American Literature", New American Library, New York 1959, página 219.
- (4) Travels... página 5.
- (5) Travels... página 8.
- (6) Mercedes Planelles, "La obra de Camilo José Cela". Tesis de Licenciatura, Universidad de Murcia, Facultad de Filosofía y Letras, 1960, página 61.
- (7) Camilo José Cela, "Del Miño al Bidasoa", Editorial Noguer, Barcelona, 1952, página 11.
- (8) Travels... página 6.
- (9) Edward F. Devol, jr., "John Steinbeck. Foro, Revista de la Embajada Americana, La Paz, Bolivia, noviembre de 1962, página 57.
- (10) Travels... página 241.
- (11) Travels... página 29.
- (12) Travels... página 76.
- (13) Heinrich Straumann, "American Literature in the 20th Century", Hutchinson's University Library, London, 1951, página 111.

Una aventura creadora en favor del pueblo

Juan Miguel Ganuza, S. J.

He tenido la suerte de ser testigo activo del nacimiento y, antes, de la gestación de una obra que abre el ancho portalón de la esperanza a nuestro pueblo, a la muchedumbre innumerable de los marginados. Y en una de las fases más atrayentes de la hermosa aventura: la puesta en marcha de la primera industria popular en el barrio "5 de Julio" de la Silsa, en Caracas.

La llamo aventura no porque lo sea en sí, ya que parte de una larga y probada experiencia, sino porque todas sus apariencias y los riesgos que encara, lo mismo que las perspectivas que entreabre, nos autorizan a calificarla de esta forma.

Los lectores de nuestra revista no desconocen al jesuita argentino Alejandro del Corro. En "SIC" de junio de este año se desarrolló ampliamente su filosofía social. El P. Del Corro vino a Caracas trayendo un mensaje de renovación de estructuras socio-económicas y tomó parte activa en la preparación del Simposio sobre el Hombre y su desarrollo, celebrado en

Caracas en julio. (SIC, julio-agosto 1964). Su doctrina sobre la promoción económica de los marginados produjo profundo impacto en ciertos medios empresariales del país, hasta hacerles modificar sus programas de acción social, por lo menos en parte. Fue lamentable que muchos de ellos no aceptaran su mensaje, y providencial el que ello abocara al sacerdote argentino a caminar por otros cauces.

El P. Del Corro se puso en contacto con un grupo de profesionales, abogados, ingenieros, empresarios, economistas, y muchos de ellos se entusiasmaron con el plan y prometieron su colaboración incondicional. Charlas, reuniones, contactos... multiplicados hasta el infinito, y la constante y abnegada colaboración de los doctores Coll y Villasmil, del IFEDEC, que hicieron con él un equipo básico de trabajo, prepararon un clima propicio a la creación de equipos de abogados, ingenieros y economistas que respaldaron la empresa.

Mientras tanto, se hacen contactos con dirigentes de barrio, líderes sindicalistas; se sondea el mundo de la marginación (el Padre tuvo varios contactos hasta con gente del hampa). Dos son, sin embargo, los barrios que reciben con entusiasmo el mensaje de promoción, y se prestan a ser pilotos de la gran aventura: la Quebrada de Caraballo y el barrio "5 de Julio", de la Silsa.